

el ángel exterminador

ÓSCAR JIMÉNEZ
MANRIQUEZ

ESPECIAL

Dentro de una pequeña caja y cubierta de algodones, Nuria guardaba una navaja que había extraído de un sacapuntas. Esa insignificante laminita era uno de sus objetos más preciados. En el baño o en la intimidad de su recámara, cuando se sentía triste o deprimida, Nuria la sacaba de su estuche y entonces se hacía pequeños cortes en el cuerpo.

La navaja se deslizaba por su piel hasta que un hilo de sangre comenzaba a fluir suavemente. En su primera experiencia se hizo hendiduras en los brazos, luego pasó a los tobillos y las últimas veces llegó a los muslos.

Eso me platica Nuria Estrada, una chica de mirada dulce y fácil expresión, quien ha decidido posar frente a la cámara para la fotografía que ilustra esta historia. La charla se realiza en uno de los salones del Centro de Atención al Talento (CEDAT), un colegio que ha logrado salvarle la vida.

Ahora se le ve feliz, tranquila, consciente de que han quedado atrás los días en que pensó suicidarse. Sus padres, sentados junto a ella, escuchan cómo se introdujo en el túnel que la condujo con frecuencia a lastimarse.

“Para mis compañeros de escuela siempre fui la gorda. Y, ¿sabes? Llegó el momento en que te la crees...”, recuerda ahora sin alterarse. Nuria padeció *bullying* durante años en una escuela privada que lleva el nombre de la residencia del monarca británico.

Siempre fue una alumna con notas sobresalientes, al grado, que en el salón de clases le decían despectivamente “la sabelotodo.” Una niña cerebrita, cuyo mayor deseo era pertenecer al grupo y sentir el afecto de sus compañeros.

“Nadie me aceptaba por mi físico, y con el tiempo ni siquiera yo me quería...”, dice alzando la voz. “Me sentía sola, deprimida y gorda. Comenzaba a sentirme mal y entonces me castigaba. El dolor que me producían los cortes me complementaban. Pero más que un dolor físico, era un dolor sentimental”.

Se obsesionó con tener un cuerpo superdelgado. Sufría por la comida. Empezó a comer poco y autoprovo-carse el vómito. En las redes sociales intercambiaba experiencias con otras jovencitas que se encontraban en la misma situación. Chicas que se sentían solas, rechazadas en sus escuelas, lastimadas por sus compañeros.

Uno de esos días que andaba caminando por la casa, se le cayó un perfume y escuchó una advertencia de su madre: “¡Ten cuidado! Es muy fácil que te puedas cortar con esos vidrios”.

Sonríe Nuria al recordar la anécdota. Las palabras de su madre le dieron una gran idea. Guardó los pedazos de vidrio que tenían la forma más apropiada. Los cristales de aquel perfume también hirieron delicadamente su piel.

Dice que son muchas las chicas que se miran al espejo y no se gustan. Que son muchas las adolescentes que se pelean con la báscula y sueñan con tener los delgadísimos cuerpos que aparecen en los anuncios de la tele. Son jovencitas que no descansan en su lucha diaria por alcanzar los cánones de belleza que imperan en la sociedad actual.



“Nadie me aceptaba por mi físico, y con el tiempo ni siquiera yo me quería...”

NURIA

Esta es la historia de la lucha diaria que viven muchísimas adolescentes en sus respectivos colegios. Nuria llegó a tener desordenes alimenticios y visitaba algunas páginas de suicidas.

Tan mal iban las cosas para Nuria, quien desde siempre ha sido una alumna brillante, que de pronto, si en algo fallaba respecto a sus expectativas de calificaciones, digamos que sacaba una nota de 9, consideraba que había fracasado.

El pasadizo oscuro de la desesperación, la condujo a buscar en internet páginas de suicidas. Se preguntaba cuál sería la forma menos dolorosa de morir. Cada día hacía un plan diferente para quitarse la vida. Esperaba un día especial. “Pensé en aventarme desde la azotea de un edificio. Tomar montones de pastillas, inyectarme aire...”.

Sus cartas de despedida comenzaban invariablemente así: “Queridos papás. Los quise mucho. Espero me puedan

perdonar. Quiero que me recuerden...”. Nuria ha decidido platicar su historia, porque no quiere que otras chicas de su edad pasen por los dolorosos pasajes que ella vivió. “No tenemos por qué ser perfectas, ni princesa, ni puras... Ni desear a toda costa tener esos cuerpos esculturales de las modelos”.

“NO TENEMOS POR QUÉ SER PERFECTAS, NI PRINCESA, NI PURAS... NI DESEAR A TODA COSTA TENER ESOS CUERPOS ESCULTURALES DE LAS MODELOS”

Llegó a creer que por su físico merecía el odio de los demás. Se aislaba y llegó a sentirse una basura. Hace poco le cambió la vida. Nadie imaginaría, si uno la viera caminando por la calle, con esa larga cabellera negra, que se trata de una chica sobredotada.

Es alumna de Centro de Atención al Talento (CEDAT), a cuyo colegio llegan numerosos estudiantes que no la han pasado nada bien en escuelas con

sistemas de educación tradicionales. A Nuria, se le diagnosticó un nivel intelectual superior, interés en buscar nuevos conocimientos y capacidad de alcanzar logros excepcionales en alguna materia.

Convive ahora con alumnos que reciben una atención profesional de acuerdo a sus capacidades. Estudiantes talentosos a quienes en su momento se les recetó medicamentos por creer que padecían hiperactividad.

“En este colegio me han regresado a mi hija...”, dice la madre de Nuria, al ver la expresión de felicidad de una jovencita que está sentada junto a ella. Nuria, quiere decir algo antes de despedirse: “¡Sí hay salida! Ojalá puedan saberlo muchas otras chicas que como yo, la han pasado muy mal. Aquí puedo crecer, me siento aceptada, comprendida, libre. Ya no pienso en morir antes de los 30 años. De grande me gustaría ser sicóloga o astrónoma...”. **M**